

Rosamel del Valle

Diario de un extranjero en Nueva York

(Especial para «Atenea»)



JULIO 15.— Desde temprano, una idea de volver al Metropolitan Museum of Art. Un deseo de estar delante de ciertas obras, por ejemplo, de los italianos del siglo XII hasta algunos del XV y del XVI. Un Fra Angélico, un Gentile da Fabriano, un Botticelli, un Piero della Francesca, un Pisanello, un Uccello, un Andrea del Sarto. Todos nombres no muy grandes. Todos menos brillantes que los Felipino Lippi, Bellini, Verrocchio, da Vinci, Tiziano, Rafael, Miguel Angel. Nueva York aturde, principalmente ahora que es verano y en que las multitudes pasan más afebradas que nunca, como guiadas por una estrella invisible, pero por una estrella que lleva hacia vértigos que yo perdí durante mi ausencia. En un tiempo tuve en el alma este soplo febril, este entrar y salir de una nada

poblada de cosas inverosímiles. Ahora es distinto. Me parece que he vuelto a una tierra que conocí en sueños alguna vez y en la que habité como sonámbulo. Hay algunos recuerdos, algunas alegrías, algunas cosas cuya resonancia me despierta. Como hoy, a propósito de esta idea inquietante, de este deseo que ahora mismo no puedo realizar porque, muy adentro de mí, hay un pequeño demonio que me aconseja sufrir esta idea, gozar de este deseo postergándolo para mañana, para otro día, para quizás qué hora en que, a lo mejor, mi pensamiento esté, como sucede a menudo, preocupado de cosas menos felices.

Julio 17.—Reencuentro con una antigua amiga sudamericana. Muy bella, muy exteriormente propensa a la buena charla, al equilibrio imperceptible que da esplendor a las palabras cuando éstas vienen seguidas de ideas. El mundo gira demasiado de prisa, parece. Las cosas se confunden de manera lamentable y hay también una profunda inquietud, o más bien, una perturbación permanente en el acto de vivir y de comportarse en las menores cosas. Se podría decir que hoy las personas son menos vagas en sus ideas, en sus apreciaciones, en sus preferencias y que cada cual ha logrado, al fin, hallar el camino personal, la expresión libre del drama que todo el mundo lleva adentro. Pero hay un rayo que apenas se ve, una pasión que florece como un tulipán envenenado. Y lo digo a propósito. Porque este reencuentro con mi antigua amiga sudamericana hubiera

sido mejor que no se hubiese realizado. Ella se ha alejado mucho de la tierra y no oculta que sobre el mundo ha caído tal lluvia de lodo que el ser humano y las cosas han perdido enteramente su brillo, aun el más oculto. «Desesperación», le he dicho. «Conocimiento», me ha respondido. Lo terrible para mí es que estoy seguro de que esto último ha andado siempre muy lejos de su reino.

Julio 18.—A veces siento el deseo de detenerme de pronto en plena calle y detener, a la vez, a alguien, para saber cuál es la reacción que produce un hecho así. No se me hubiera ocurrido jamás un hecho semejante en una ciudad pequeña, donde los transeúntes pudieran ser contados de mil en mil. Pero aquí, entre esta multitud, entre estos millones de seres que pasan como flotando a mi lado, cualquiera idea de esta especie es posible. La verdad que no es acertado decir que a grandes multitudes, grandes pensamientos. Pero sí se puede creer que a grandes multitudes, un solo pensamiento. Y si no es el de vivir, casi no valdría la pena intentar realizar lo que a veces suele ocurrírseme. Un encuentro así, con alguien. Con alguien cuyo asombro no sería sólo la idea de que me acercaba a él nada más que con la intención manifiesta de sorprenderlo en su profunda ansiedad de vivir. Porque nadie aquí parece querer negocios con la muerte. «Una multitud que no piensa en nada», como dijo erróneamente mi amiga el otro día.

Julio 20.—Observo con placer que aquí no existe la envidia. Durante muchos años he vivido entre personas que desprecian o que envidian. Un lamentable equilibrio. A menudo oí decir a muchos: «Todo el sueño de mi vida es llegar a tener una casa como ésa. Tendría que enlodarme para conseguirla...». Y me indicaba una casa casi siempre demasiado modesta para ser comparada con un sueño. Imagino el estupor si alguien me dijera aquí, mostrándome un rascacielo: Si no llego a tener algo como eso, prefiero no seguir luchando y morir...». Un sueño incómodo, pero de mucho orgullo, que parece ser lo esencial. Ahora, solamente ahora, comprendo por qué el rico norteamericano hace las cosas en grande. Es para que nadie se las pueda envidiar. Otro gran estupor sería el de oír decir a los predicadores de cualquiera idea o de cualquiera religión. «La envidia no ha sido nunca una gran idea».

Julio 22.—Ayer conocí al pintor André Racz. Rumano de nacimiento, hoy ciudadano norteamericano, me parece. Vi antes sus exposiciones aquí, hace un año. Lo seguí al través de los museos. Lo sentí al través de las buenas revistas de arte moderno norteamericanas. Lo reencontré en su envío a Chile del año 1948. Y cada vez se me abre más y más ese mundo de Racz por donde corre un extraño viento bíblico y donde parece surgir al desnudo una humanidad devorada, tanto por lo que lleva en el cuerpo como por

lo que le pesa «como idea» en el hueco profundo donde se acumula lo secreto de la existencia. Muchas veces pensé en cómo podría explicarme yo esa especie de sonrisa en el sufrimiento que vi siempre, por ejemplo, en sus Cristos o en los rostros de hombres cuyo tránsito terrestre es también una especie de calvario. Ayer lo comprendí. Por todas las telas por donde pasa la mano de Racz, es su propio retrato y su propia sonrisa lo que se queda allí vibrando y diciendo claramente que el artista debe quedar también como un elemento más en lo que crea. En otros puede ser solamente el don, la originalidad, la expresión hallada, el estilo. En Racz es, además, su rostro tan transparentemente expresivo en los «cimientos» de su barba que a menudo me recuerda las figuras bíblicas de los bizantinos rumanos. Por supuesto, estos detalles demasiado personales no entran sino en la órbita de la sorpresa o de la emoción que se siente al encontrarse de pronto con quien uno ha seguido al través de sus obras, ya se trate de un artista o de cualquier otro creador tocado con el don de las experiencias profundas. Pero, en verdad, me regocija pensar en que esa especie de unidad entre el hombre y su propia figura humana que yo había presentido al través de la pintura y de los grabados de André Racz eran ya algo más que una evidencia. Se lo he dicho, explicándome a duras penas, y hemos sonreído juntos como si se tratara de una cosa que ambos conocíamos ya muy bien.

Julio 23.—Esta tarde, en la librería Gotham, de la calle 47, enredé algunas palabras con una joven norteamericana que revolvió los libros con avidez. Digo enredé porque ella y yo hablamos de ciertas obras, de ciertos autores, de ciertas preferencias y porque lo único que recuerdo bien es la sorpresa—me lo dijo—con que me oía hablar con algún conocimiento de los autores norteamericanos actuales y del pasado. El resto, para mí, no es sino esa agitación y esa avidez con que revolvió libros hablando, a la vez, sobre cada uno de ellos. Y el tiempo que me pareció perder observando sus profundos ojos azules que no miraban hacia ninguna parte, porque, ciertamente, brillaban demasiado hacia adentro. Algunas palabras en ese sentido me hubieran regocijado. Pero quizás si la aureola de ese sueño vivo se hubiera deshecho a causa de mi falta de discreción o por lo que ella pudiera haber dicho como saliéndose un poco de sí misma.

Julio 25.—Ayer pasé gran parte de la tarde en el Central Park. Es decir, como hace un año, volví a tenderme en el césped, a perderme entre los boscajes, a monologar con las ardillas, ahora no tan radiantes porque están en la estación del año en que pierden el pelaje, y lo poco que las cubre las hace casi transparentes y como mimetizadas con las hierbas o con las ramas a ras de tierra de los cerezos o de los magnolios. Nunca me pareció más grandiosa la vista de los rascacielos y de las torres de los edificios menores,

desde allí, donde por arte de magia se reúnen para levantarse como si estuvieran en el centro mismo del parque. Pero de pronto me sentí fatigado al contacto de tanto prodigio y opté por perderme definitivamente al través de los pequeños bosques y de las pequeñas colinas floridas. Y luego, en lo más enmarañado de un rincón solitario, tuve la grata sorpresa de encontrarme con la estatua de Schiller, perdida, como un sol de otro mundo entre las ramas. Mi único pensamiento fué entonces el de que, en verdad, la poesía no vive sino en lo oculto. Es decir, en lo que menos se ve.

Julio 27.—La noche es terriblemente calurosa y la lluvia canta con furia sobre la ciudad. He pensado en Omar Kayam y en su «un libro, una mujer y un vaso de vino...». Por ahora, el libro es «Gold Coast Customs», de Edith Sytwell; la mujer es la apenas perceptible Therese con su bosque de sueños sobre el pecho mientras duerme; y el vaso es de buen vino de Chile, que me trae los fuegos lejanos junto a los cuales, durante tantos años, me senté de noche a edificar la endeble casa de mi destino. Mientras tanto, la lluvia insiste en repetir algo que ahora no es lo que se suele escapar de la poesía de Edith Sitwell, a quien me hubiera gustado conocer de cerca a su breve paso por Nueva York.

Julio 30.—Un día verdaderamente libre para mí. Un día en que el mundo tiene otro aire y otro

color, porque arde invitando a regocijarse. He ido, entonces, a una de las playas del sur de Brooklyn. Hubiera sido preferible la de John Beach, pero allí reina la multitud adinerada, o la intrusa, con lo cual el mar adquiere otro sentido. En cambio, el bello Brooklyn acoge con arenas acariciadoras y gentes que no lucen sino el cuerpo y la avidez de vivir por algunas horas fuera del endemoniado ritmo de la ciudad. Sí, otra vez junto a la voz del mar. Junto a lo que escribe de manera tan temporal y a la vez tan eterna en sus embestidas hacia la playa. A lo lejos se levanta, lo sé bien, aquello que cada uno de nosotros lleva en permanente alarma y que no es sino la lámpara que nos sacude a ciertas horas para recordarnos que el acto de vivir es, sobre todo, un acto profundamente responsable. El problema está en la elección de esta responsabilidad.

